



CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL
A LOS COHERMANOS DE LA SOCIEDAD SAN PABLO

**Dejémonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios,
para vivir como “editores” paulinos**

Queridos hermanos:

El XI Capítulo general trazó un camino que nos involucrará a todos durante los próximos seis años: «*Trasformaos por la renovación de la mente*» (Rom 12,2). *Dejándonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios, en diálogo con el mundo en profunda metamorfosis, nosotros, “editores” paulinos, nos comprometemos a ser artesanos de comunión, para proclamar proféticamente la alegría del Evangelio*». Partiendo de tal objetivo, esta Carta sugerirá algunas reflexiones para profundizarlo en el camino que conjuntamente hemos decidido emprender. El hilo conductor de nuestra trayectoria es precisamente ese mismo objetivo, ahondando en él año tras año, aun sin pretender ser exhaustivos. Se trata sólo de un punto de arranque para que cada cohermano y comunidad puedan renovar el gozo de ser “editores” paulinos, apóstoles que, como María, dan al mundo a Jesús Maestro.

El contexto social y eclesial en el que nos encontramos, junto a la situación de nuestras comunidades, presenta desafíos nunca hasta ahora afrontados y nos hace sabedores de que no hay respuestas inmediatas y fáciles. Determinar nuevas trayectorias dependerá en gran parte de nuestro trabajo conjunto, según un estilo sinodal que dé concreción al vivir en comunión unos con otros, tratando de ser personas que de modo diverso, pero unitario, determinan la única misión, actuando todos como miembros de un solo cuerpo (1Cor 12,12-31).

Las palabras de san Pablo «*Trasformaos por la renovación de la mente*» (Rom 12,2), que nos han guiado como un faro en la preparación al Capítulo general y que ahora siguen iluminándonos, son de veras necesarias. Interpretan la actitud con la que vivir hoy como paulinos, no sólo orientados a vigorizar nuestras realidades apostólicas esparcidas por el mundo, sino ante todo a ser activos asumiendo un proceso generativo. En el actual cambio de época es imprescindible un cambio de mentalidad, un modo nuevo de pensar, de actuar... de vivir. Durante la preparación al Capítulo general y luego en los días capitulares, notamos que en crisis no están sólo nuestras realidades apostólicas –crisis acelerada por la pandemia del Covid-19– sino también nuestro vivir juntos y, más aún, nuestra identidad de consagrados. Quizás hayamos asumido una mentalidad que ya no es fecunda, que reduce en mucho la fuerza vital de nuestra vocación y fertilidad apostólica.

Es, por tanto, necesario dejarnos transformar. Pero ¿cómo? ¿Por dónde comenzar este proceso? ¿Quién puede acompañarnos en este no fácil camino?

La presente Carta glosará las primeras palabras de nuestro objetivo: «*Dejándonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios...*». La transformación, el cambio de mentalidad es posible si escuchamos la Palabra de Dios, si damos la posibilidad al Espíritu de tejer en nosotros una trama nueva, una vida nueva, un modo nuevo de vivir como apóstoles según el beato Santiago Alberione deseó siempre para sus hijos.

I. Signos de un cambio continuo

El primer paso en este recorrido tiene que ver con el tema del “cambio”: muda la realidad y todos nosotros estamos llamados a un cambio de mentalidad. Como nos recuerda el papa Francisco, «cambiar no significa secundar las modas del momento, sino convertir el propio modo de ser y de pensar, a partir de la actitud de estupor frente a lo que no cambia ¡y sin embargo es siempre nuevo! Estupor que es el antídoto contra la costumbre repetitiva y la autoreferencialidad. El estupor te empuja adelante, te hace cambiar, te constringe a caminar. La costumbre es repetitiva, y la autoreferencialidad te lleva a mirarte a ti mismo, como ante un espejo, para verte a ti mismo».¹ Por lo demás, el inmovilismo lleva a la muerte, y así también ciertas ideas superadas y modos de vivir obsoletos, más pronto o más tarde, pasan factura. Todo esto es una invitación a afrontar nuestra realidad aceptando el sentido de inadecuación que a veces se respira, sobre todo cuando se trata de ser emprendedores. Estamos invitados a vivir una transformación dentro de una comunicación que cambia –¡y nos cambia!– y de una Iglesia que se renueva continuamente.

I.1 La comunicación cambia y nos cambia

Todos podemos ver que en los últimos decenios la comunicación ha experimentado una aceleración única en la historia, gracias sobre todo al sistema digital, a la red y a la tecnología que ha entrado con fuerza en nuestra cotidianidad. Un cambio no solo lineal sino “epocal”, que caracteriza a las nuevas generaciones como “nativos digitales” y a los demás simplemente como “inmigrados digitales”, pero todos, en fin, habitantes de la misma cultura comunicativa, gracias a la cual han surgido nuevas oportunidades existenciales. Con tal cultura ha cambiado el modo de pensar, cada vez más *multitasking*, interactivo, hipertextual, en el que la memoria resulta ampliada o potenciada. Nos comprendemos y entendemos el mundo de modo diverso gracias también a los *big-data* o *meta-data* que almacenan informaciones de todo género, provenientes de la naturaleza, del mundo animal... del cosmos.²

Con la encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco nos ha recordado que todo está interconectado, que existe una ecología integral en la cual naturaleza, tecnología, economía y sociedad están en íntima relación, formando un único ambiente. Él mismo afirma: «La humanidad ha ingresado en una nueva era en la que el poderío tecnológico nos pone en una encrucijada. Somos los herederos de dos siglos de enormes olas de cambio: el motor a vapor, el ferrocarril, el telégrafo, la electricidad, el automóvil, el avión, las industrias químicas, la medicina moderna, la informática y, más recientemente, la revolución digital, la robótica, las biotecnologías y las nanotecnologías. Es justo alegrarse ante estos avances y entusiasmarse ante las amplias posibilidades que nos abren estas continuas novedades, porque “la ciencia y la tecnología son un maravilloso producto de la creatividad humana donada por Dios”».³ Por descontado, debe aclararse aún hasta qué punto pueda considerarse todo esto un indiscutible progreso, y precisar el precio que el planeta está pagando, sobre todo cuando nuestra responsabilidad ecológica está anestesiada.⁴

Ha variado el modelo comunicativo y resulta cada vez más evidente que las palabras, como las acciones, generan cambios en lo personal y social. El lenguaje no sólo permite

¹ Papa Francisco, *Discurso a los participantes en el encuentro promovido por la Coordinación de las Asociaciones para la comunicación (COPERCOM)*, 31 octubre 2022.

² Cfr. Benanti P., *Tecnologia per l'uomo. Cura e innovazione*, Ed. San Pablo, Cinisello Balsamo (MI) 2021.

³ Papa Francisco, *Laudato si'*, n. 102.

⁴ *Ibidem*, n. 105.

describir la realidad –e informar–, es también una forma de acción social ⁵ y consiente “poner en común”, retomando el sentido original de la palabra *communicatio*. Así pues, la comunicación nos cambia. Se modifican el modo de entender y vivir nuestras relaciones, no preocupándonos sólo de los “mensajes”, de las “representaciones cognitivas”, de los “códices”, de los “signos”, sino sobre todo de la “escucha”, del “diálogo”, del “reconocimiento”, de la “empatía”... del “encuentro” entre personas. «*Si no hay encuentro, no hay comunicación*», recuerda el papa Francisco. Y añadió a continuación que «*encuentro, escucha y palabra es una suerte de “a-b-c” del buen comunicador, porque es la dinámica la que funda toda buena comunicación*». ⁶ Ésta consiste en “ser con los demás” y “para los demás”. El proceso transformativo se desenvuelve así: conociendo al otro, cuidando el diálogo, modifico mi modo de pensar y se produce en mí una mudanza, una transformación, mi propia identidad se define de modo nuevo. ⁷ Podemos decir que cuanto más cercanos estamos unos de otros tanto más logramos afrontar retos que nos superan, y el ejemplo más lampante es la pandemia del Covid-19. Nadie puede prescindir del otro, pues no somos individuos autosuficientes sino afortunadamente personas a la búsqueda de otras personas.

1.2 Una Iglesia que se renueva

El continuo cambio del contexto social en el que vivimos –caracterizado por una cultura de la comunicación que muda velozmente– no es sólo fruto de nuevos inventos, de descubrimientos añadidos a otros anteriores. Hoy el reajuste es más profundo: se trata de un cambio de época, como nos recuerda el papa Francisco, ⁸ y a todos nos involucra. Ente los numerosos signos que lo describen, uno parece particularmente interesante y común a muchas realidades eclesiales: la dificultad de transmitir la fe de una generación a otra. Están en crisis no sólo las jóvenes generaciones, sino asimismo los adultos y su modo de vivir y creer. ⁹ La identidad del adulto como quien genera, también la fe, está en crisis sobre todo en la sociedad del bienestar, caracterizada por el mito de la perenne juventud. Entra, por tanto, en crisis la familia, el lugar de la madurez y del don recíproco, y también la comunidad eclesial cuando ya no logra generar la fe. Ciertamente no se cambia ruta repitiendo el pasado: se necesita algo más, pues se trata de obrar una conversión pastoral profunda, ¹⁰ y no basta reorganizar las múltiples actividades. En esta época necesitamos personas que se tomen a pecho lo que es esencial, es decir la vida en su totalidad, sobre todo cuando está herida, cuando surgen preguntas a las que no es fácil responder, cuando nuevos desafíos requieren nuevas respuestas. En este sentido es necesaria una mentalidad pastoral nueva para la Iglesia del mañana, ¹¹ atenta a las personas y a lo que viven, más que estar predispuesta a resistir al

⁵ Turrise A.-Biscaldi A., *Parole di prossimità. La comunicazione al servizio dell'uomo*, Ediciones San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2021, p. 25.

⁶ Papa Francisco, *Discurso a los participantes en el encuentro promovido por la Coordinación de las Asociaciones para la comunicación (COPERCOM)*, 31 octubre 2022.

⁷ Turrise A.-Biscaldi A., *Parole di prossimità. La comunicazione al servizio dell'uomo*, op. cit., p. 44.

⁸ Papa Francisco, *Discurso a la Curia romana para las felicitaciones de Navidad*, 21 diciembre 2019.

⁹ Cfr. Matteo A., *La Chiesa che verrà*, Ed. San Pablo, Cinisello Balsamo (MI) 2022, pp. 33s.

¹⁰ Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 27.

¹¹ «La mentalidad pastoral nueva que nos sirve deberá poner en marcha procesos por los cuales la comunidad cristiana redescubra su vocación original de ser espacio auténtico y concreto de comunión, de comparticipación, de colaboración, de comunicación, de reconocimiento de la igual dignidad de cada persona, de acogida de la diversidad, de diálogo entre las generaciones, de celebración de la vida en todas sus fases y edades, de reconciliación y de luto en los perfiles desafiantes de la existencia humana, y sobre todo en con-

cambio por miedo a morir o ver caducada una obra pastoral. Desde este punto de vista, la Iglesia, tomándose hondo interés por las personas, tiene también el cometido de salir al encuentro de quienes han aprendido a vivir sin Dios,¹² ¡y hoy son tantos! ¿Pero cómo?

Si, por ejemplo, miramos el camino recorrido por la Iglesia del primer siglo, nos percatamos de que uno de los primeros retos afrontados y superados fue el de optar por un idioma y un lenguaje para “decir” el Evangelio que es Cristo Jesús. Ahora bien, los evangelistas no se limitaron a usar el griego, el hebreo o el arameo, sino que valorizaron imágenes, símbolos y conceptos para narrar lo inédito de la vida, de la enseñanza, de la muerte y resurrección de Jesús dentro y fuera del ámbito judío. Y así la transmisión de la fe hizo un recorrido especial, un proceso cultural posible gracias a la elección de un lenguaje accesible a judíos y paganos, abarcando todo el imperio romano. Cabe decir que la comunicación crea las condiciones para que la fe y la vida de la Iglesia circulen en el tiempo, se transmitan de generación en generación, coinvolucren a pueblos siempre nuevos, incluso a los que hoy llamaríamos de “generación z”.¹³ Nos encontramos en la misma situación de los evangelistas: es necesario “decir” el Evangelio considerando que el lenguaje de hace dos mil años hoy es la gramática digital, la de la red, un paso cultural que está sólo en sus comienzos. Desde este enfoque, juntamente con toda la Iglesia, también los paulinos estamos llamados a participar en un cambio de mentalidad, de lenguaje, de evangelización..., de vida, y pasar a ser, por tanto, generativos, disponibles a contribuir en la formación de nuevos procesos transmisores de la fe a las generaciones de hoy y de mañana. Estamos llamados a ser auténticos “editores” de la Palabra, o sea, a *dar* el Salvador al mundo actual.¹⁴

2. Dejémonos transformar... por la Palabra

El ambiente comunicativo, lo social y la realidad eclesial están, pues, en continuo cambio. Hay, además, otro lugar que nos habla de transformación: la misma Palabra de Dios. Todos los personajes que encontramos en la Biblia hacen un recorrido que no les deja como eran antes. La Palabra describe el ánimo de las personas, les presenta preguntas, miedos, amor, infidelidades, la osadía de un pueblo..., aspectos todos que con el trascurso del tiempo viran en bien o en mal. Por eso acercarse a la Escritura quiere decir entrar en un mundo vivo y continuamente en transformación, y conocer una trama narrativa que involucra personalmente al lector. ¿Cómo queda transformado quien encuentra a Dios? A responder, nos ayudan dos peripecias bíblicas: la de Abrahán y la que narra el encuentro entre María Magdalena y el Resucitado.

2.1 De individuo a persona: Abrahán

En el relato bíblico de Abrahán tenemos un claro ejemplo de adonde lleva la Palabra pronunciada por Dios. Las andanzas de Abrahán, llamado a salir de su tierra y abandonar la

tacto, para cualquiera, con el Dios-Amor presente en la generosa cercanía de hermanos y hermanas en Cristo» (Matteo A., *La Chiesa che verrà*, op. cit., p. 155).

¹² Riccardi A., *La Chiesa brucia. Crisi e futuro del cristianesimo*, Editori Laterza, Bari-Roma 2021, pp. 108-117.

¹³ La Generación Z (abreviando, Gen Z), es la de los nacidos entre 1997 y 2012. Jovencísimos, en 2020 tienen entre 8 y 23 años, son los primeros en no haber conocido un mundo sin tecnologías y ámbitos digitales, lo cual no puede dejar de influir en cómo viven la cotidianidad, los consumos y expectativas ante el trabajo.

¹⁴ Cfr. *Líneas editoriales. Identidad, contenidos e interlocutores del apostolado paulino*, 2018, n. 1.2.

parentela (Gén 12,1), nos muestra qué hace Dios en la vida de este patriarca. El libro del Génesis nos adentra en las diversas situaciones vividas por Abrahán tras la llamada de Dios: aprende a vivir no ya como un ser solitario, sino como un hombre en relación, con Dios y con Sara. El centro de su vida será el Otro y la otra, cambiando así su modo de existir.

Al comienzo de este camino, Abrahán piensa y actúa como individuo. El episodio revelador de esta su identidad lo encontramos en Gén 12,11-16. Para evitar desagradables consecuencias por parte de los egipcios, Abrahán decide considerar a Sara, su mujer, como “hermana” concediéndosela al faraón. Y el autor del Génesis concluye: «A Abrahán se le trató muy bien a causa de ella, y obtuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos» (Gén 12,16). Estamos ante un hecho que desvela cómo la relación con Sara era todavía unidireccional; más, en la situación en que se encuentra, Sara es en práctica sólo un peligro.

A partir de este momento, Dios guiará a Abrahán a afrontar un nuevo éxodo para dejar atrás su modo de vivir replegado sobre sí mismo, centrado en no morir, en perder la vida¹⁵ –dispuesto para ello a sacrificar a su mujer Sara– entrando en una nueva existencia cuyo fundamento está en la relación con un “tú”, y que le llevará a ser una persona capaz de optar por el bien del otro, erradicando la morbosa mirada sobre sí mismo.

Hay una segunda enfermedad que Abrahán, esta vez junto con Sara, debe afrontar: Sara es estéril y consiguientemente Abrahán no puede ser padre. Lo será sólo tras la visita de tres hombres en Mambré (Gén 18,1-15). Esta escena, bien construída con minuciosidad de particulares –gestos, palabras, actitudes...– es una verdadera demostración de la sacralidad de la hospitalidad oriental con los desconocidos. En efecto, todo apunta a una hospitalidad de veras extraordinaria, una acogida que curará a los esposos echando a andar en ellos todas sus mejores energías: la verdadera acogida es siempre activa. Leyendo atentamente el texto, a un cierto punto los tres personajes resultan simplemente “el Señor”: en los vv. 9-10, se pasa del plural al singular: «Entonces el Señor dijo a Abrahán: “¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿de verdad que voy a tener un hijo, yo tan vieja? ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo”» (Gén 18,13-14). ¿Cuándo, pues, llegan a ser padres? Cuando acogen al Señor, cuando entran en relación con Dios. Solo con esta relación son posibles la promesa de Dios y el deseo de Abrahán de ser padre. No le bastaba a Abrahán serlo de Ismael, gracias a Agar –tomada mientras en esposa para obviar la imposibilidad de engendrar por parte de Sara. La paternidad y asimismo la maternidad se hacen posibles sólo gracias a la intervención de Dios, y gracias a la acogida de los tres huéspedes. Este ejercicio de acogida de Dios enseñará a Abrahán acoger a Sara, la que dará a la luz a Isaac, el hijo de la promesa; y cuanto más mirará a su mujer tanto más verá en ella el modo extraordinario de hacer de Dios, el que supera los límites fijados por la naturaleza. En fin de cuentas se trata de ser acogedores, pues cuanto más fuerte es la acogida –y tanto más profunda la relación con los tres huéspedes, con el Señor– tanto más pasamos a ser personas fecundas.

2.2 De la muerte a la vida: el encuentro de María Magdalena con Jesús resucitado

Hay un segundo pasaje que nos permite entrever cómo el encuentro con Dios lleva a una transformación, en este caso de la muerte a la vida. Se trata del paso del evangelio según

¹⁵ Neher A., *L'esilio della parola. Dal silenzio biblico al silenzio di Auschwitz*, Marietti, Casale Monferrato (AL) 1983, pp.124-134.181-200.

Juan en el que María Magdalena se encuentra con el Resucitado (Jn 20,1-18). El primer día de la semana –el domingo– María Magdalena llega al sepulcro y lo encuentra vacío. Corriendo va donde Pedro y Juan para decírselo, y regresa junto con ellos: allí afuera llora. Ninguno de ellos había comprendido aún la Escritura, o sea que Jesús había de resucitar (Jn 20,9). Los dos discípulos vuelven a casa y solo ella se queda junto al sepulcro.

Allí había ido María Magdalena pensando encontrar el cuerpo muerto de Jesús, sin encontrarlo. Esta “certeza” de Magdalena es emblemática porque describe nuestro modo de ver o prever el mañana: procedemos según la lógica de causa-efecto, y así nos movemos pensando saber con anticipación lo que vamos a ver: la muerte, en efecto, da fin a todo y cuanto permanezca será sólo el recuerdo del pasado.

Pero el paso del evangelio según Juan, no termina aquí. Nos aguardan otros versículos, y los hechos se desarrollan diversamente. Justo mientras Magdalena llora, mientras dice a los ángeles lo de «*se han llevado a mi Señor y no sé donde le han puesto*» (Jn 20,13), comienza un diálogo imprevisto con Jesús Resucitado que culmina en dos palabras: «*María*» y «*Rabboni – Maestro*» (Jn 20,16). ¡Un diálogo! Sí, efectivamente de esto se trata, de un encuentro que para María es una verdadera manifestación: el que había muerto ahora vive. Para comprender la intensidad de la escena deberíamos retroceder al momento en que otra María, María de Betania, hermana de Lázaro, había ungido a Jesús derramando sobre él el perfume del amor (Jn 12,1-8). Y bien, es precisamente el Amor quien ahora llama a Magdalena por su nombre. La que pensaba encontrar un muerto, encuentra vivo a su amado.

Se da para ella un paso decisivo, un cambio de perspectiva, comenzando así una nueva relación con Jesús: experimenta propiamente un paso, una Pascua. Pasa de un modo suyo de entender y conocer a Jesús a otro nuevo y altamente concreto. Este encuentro la hará primer testigo, apóstol entre los apóstoles, junto a los Doce y a María la madre de Jesús.

2.3 La Palabra nos cambia

Hemos considerado dos perícopas, dos episodios, dos modos de ser transformados. Pero la Palabra que acabamos de escuchar ¿puede producir en nosotros esa transformación? La cuestión de fondo está en si la Palabra tiene algo que decirnos o, mejor, si nosotros damos a la palabra de Dios la posibilidad de hacernos vivir de un modo nuevo.

Indudablemente depende mucho de la cualidad de nuestra escucha. Escuchar es una de las primeras formas de acogida entre las personas, a menudo la decisiva, pues cuando uno se pone frente a otro guardando silencio –un silencio activo– le da espacio, le da la posibilidad de existir. Escuchar en profundidad las andanzas bíblicas es ejercicio necesario no sólo para conocer el contenido y la forma de cada uno de los libros que componen la Biblia, sino que es la posibilidad dada a la Palabra de existir dentro de nosotros, de actuar, hasta llegar al «*Cristo vive en mí*» de san Pablo (Gál 2,20). De tal modo conocemos a quien la pronuncia.

La escena del encuentro entre el Resucitado y María Magdalena nos dice que la resurrección de Jesús cambió la vida de esta mujer y la de la Iglesia primitiva; y como es una Palabra eficaz, continúa actuando en cambiar también la vida de cuantos escuchamos las palabras dichas entre María y Jesús. Sin duda, podemos leer nuestra historia con los ojos de quien va al sepulcro pensando encontrar un muerto, con unos ojos que ven solo muerte, situaciones imposibles y sin futuro..., no pudiendo por tanto percibir que algo nuevo está floreciendo y un germen está abriéndose dentro de nuestro cambio de época. Captar que algo está naciendo es el primer paso para movernos en nuevas direcciones, para tomar decisiones en

sintonía con la vida nueva que está surgiendo. Ello permite no malgastar energías en resistir al cambio. En definitiva, es la Palabra la que nos enseña a leer de modo fecundo cualquier crisis. Al respecto, tenemos estas palabras iluminadoras del papa Francisco: «*Quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver*».¹⁶

Al afirmar que la Palabra nos cambia estamos diciendo también que cambia nuestro modo concreto de obrar, de actuar. Pensemos aún en el tema de la acogida: acogernos, escucharnos, ayudarnos, colaborar, perdonarnos... ¿no modifica nuestro modo de pensar, de razonar?; ¿no cambia quizás también nuestra mentalidad? Los gestos que hacemos tienen, pues, una fuerte valencia formativa e identificativa. Nosotros los paulinos, justo porque estamos comprometidos concretamente en nuestro apostolado, al leer e interpretar nuestra vida asumimos el modo de “editores”, o sea de apóstoles que a ejemplo de María dan al mundo el Salvador. Nos lo recuerda el beato Santiago Alberione: «*Apóstol es quien lleva a Dios en la propia alma y lo irradia a su alrededor. El apóstol es un santo que acumuló tesoros y comunica, de su abundancia, a los hombres. El apóstol tiene un corazón encendido de amor a Dios y a los hombres, siéndole imposible comprimir y sofocar lo que siente y piensa. El apóstol es un vaso de elección que rebosa y al que las almas acuden para apagar la sed. El apóstol es un templo de la santísima Trinidad, la cual actúa sumamente en él. En frase de un escritor, el apóstol transpira a Dios por todos los poros con sus palabras, obras, oraciones, gestos y actitudes, en público y en privado, en todo su ser. ¡Hay que vivir de Dios y dar a Dios!*».¹⁷ La Palabra, pues, nos cambia, nos hacer ser cada día nuevos apóstoles, “editores” paulinos... porque Cristo vive en nosotros.

3. A la escucha de nuestra historia

«[...] Creo que para no perdernos necesitamos respirar la verdad de las buenas historias: historias que construyan, no que destruyan; historias que ayuden a reencontrar las raíces y la fuerza para avanzar juntos. En medio de la confusión de las voces y de los mensajes que nos rodean, necesitamos una narración humana, que nos hable de nosotros y de la belleza que poseemos. Una narración que sepa mirar al mundo y a los acontecimientos con ternura; que cuente que somos parte de un tejido vivo; que revele el entrelazado de los hilos con los que estamos unidos unos con otros».¹⁸ Estas palabras del papa Francisco nos ayudan a dar un paso más para captar cuán necesario es dejarse transformar por la Palabra de Dios. Por la Palabra, pero también por las “palabras” que pertenecen y describen nuestra historia paulina, pues el relato es la llave que nos permite abrir la puerta para reavivar la consciencia de que somos “parte de un tejido vivo” continuamente en renovación. Se trata de ver la historia no como un conjunto de fechas, sino de vidas. En efecto, la vida es lo que primariamente nos interesa, y justo por eso debe ser sostenida, amada, promovida, compartida... Nuestra misión pertenece a una vitalidad recibida en don de quien nos precedió, personas como nosotros, frágiles como nosotros, pero ricas de una fe que hizo germinar cosas nuevas, más aún, una “Casa” nueva, un apostolado portavoz para la evangelización de la Iglesia.

Ha pasado tiempo desde los comienzos, pero en este continuo cambio generacional las raíces han permanecido idénticas; solo los frutos fueron cambiando según las estaciones, según la acción del Espíritu que fecunda la historia mirando al Padre y al Hijo.

También para nosotros paulinos hay una “historia buena”, como recuerda el papa Francisco hablando de nosotros y “de lo bueno que nos habita”. No se trata de una historia llena

¹⁶ Papa Francisco, *Discurso a la Curia romana*, 21 diciembre 2020.

¹⁷ Alberione S., *Ut perfectus sit homo Dei*, IV, 277-278.

¹⁸ Papa Francisco, *Mensaje para la 54ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 enero 2020.

de nostalgias, que ama el pasado como el tiempo mejor, sino la que ilumina nuestros orígenes, cuando la vida paulina comenzó a existir, a moverse. Justo en aquellos días vemos, como con una lente especial, la acción fuerte del Espíritu, de la Gracia, y percibimos la acción de Dios mismo involucrando al P. Alberione y a unos pocos muchachos. De algún modo, este es un ejercicio que vemos repetido en diversas ocasiones, también ahora en nuestro tiempo, pues en el cambio de época hay algo nuevo que está naciendo para la misión paulina.

Un relato del todo singular es el del beato Timoteo Giaccardo, aquel joven que en su *Diario* recoge algunas páginas de nuestra historia primitiva, describiendo cuanto acaecía en la “Casa” de Alba al comienzo de la Familia Paulina. Un *Diario*, no un documento histórico, estrictamente hablando, pero eficaz en el intento de mostrarnos una aventura de la que nosotros mismos somos parte.

Evocaremos aquí someramente tres episodios: la renovación de los votos religiosos de los primeros jóvenes el 8 de diciembre de 1917 –segunda fecha histórica de la Casa después de la fundacional–; el incidente de la tipografía en llamas, exactamente el 26 de diciembre de 1918; y, en fin, el *Pacto* o *Secreto del éxito* rezado en común por primera vez el 6 de enero de 1919. Estos tres hechos están narrados de modo muy singular, apasionado, y el joven Timoteo Giaccardo da amplio espacio a las palabras pronunciadas por el Primer Maestro.

Leyendo y releendo los tres episodios entramos en el camino recorrido por aquellos pequeños protagonistas, los primeros que, escuchando las palabras del P. Alberione y viendo sus gestos, experimentaron un real proceso de transformación, la de quienes responden “sí” a la llamada del Señor, y también de cuantos asumen en primera persona un nuevo ideal, un apostolado que nadie conocía, y necesario sin embargo para el “nuevo siglo”. Las palabras, a veces vibrantes, del P. Alberione daban forma a la vida paulina, producían en ellos la convicción de que se trataba de consagrar la vida al Señor para la “buena prensa”. Esas palabras llevaban a opciones concretas.

- a. Así acaece cuando algunos muchachos renuevan los votos religiosos. Era el 8 de diciembre de 1917. En un ambiente sencillo, durante la Misa, el P. Alberione describe la belleza de la consagración, recuerda cuán necesario es comprometerse, habla del designio de Dios; y Timoteo Giaccardo añade: «*Nosotros ya no éramos nuestros, nos sentíamos de Dios, anudados a Él, cosa libremente suya, dispuestos a darlo todo por Él y por la buena prensa. Nuestra vida era y se sentía ser una sola. Nosotros entre nosotros: nosotros con el Padre, unidos, cimentados, no alumnos de una escuela sino miembros de un solo organismo, primeras piedras vivas edificadas de un majestuoso edificio*». Así pues, no alumnos sino miembros de un solo organismo: ¡tal era su nueva familia! Leyendo muchas páginas del *Diario* se nota efectivamente el espíritu de familia que caracterizaba esta “Casa”. El término mismo, “Casa”, lo expresa con claridad. No la casa de origen, sino una familia nueva, la preparada por el Señor para cada uno de ellos. En semejante ambiente todos aprendían una nueva arte, un nuevo apostolado. Nuestros comienzos son humildes, pero al mismo tiempo muestran las cualidades esenciales que luego se desarrollarán. En nuestro DNA de paulinos encontramos esencialmente un amor especial que une a todos y nos transforma en hermanos, pertenecientes a la misma Casa: «*Nosotros entre nosotros: nosotros con el Padre, unidos, cimentados*».
- b. También el ejemplo del protagonista, P. Alberione, es contagioso. Estamos en la situación surgida cuando la tipografía prendió fuego. El Primer Maestro, despertado en medio de la noche, corre a la tipografía para librarla de las llamas. Timoteo Giaccardo da con las palabras justas no sólo para describir el hecho sino para hacérselo ver. Es minucioso en los

detalles, es un narrador que describe con precisión el rostro del Fundador desfigurado por el humo y el calor. Y anota: «*Fue san Pablo quien le guió y le salvó*». El P. Alberione, con su ardor, muestra a los muchachos cuán solícito estaba en el tentativo de apagar el fuego. Las palabras claras e iluminadoras que de jovencito le habían cambiado y orientado la vida –«*Venite ad me omnes*»– en la famosa noche del paso de siglo vivida en la catedral de Alba, aún seguían teniendo una fuerza tan concreta que le permitían superar las no pocas dificultades como aquella del incendio. Son verdaderas también para nosotros las palabras del papa Francisco: «*Incluso cuando contamos el mal podemos aprender a dejar espacio a la redención, podemos reconocer en medio del mal el dinamismo del bien y hacerle sitio*». ¹⁹ Fue lo que hizo Timoteo Giaccardo anotando en el *Diario* este incendio, mostrando que el fuego que allí ardía, iluminaba la modalidad con la que el P. Alberione sembró en el ánimo de sus muchachos una vida de alta tensión, laboriosa y creativa, apasionada de la evangelización con los nuevos medios.

- c. Otra página rica de significado es aquella en la que se cuenta la primera vez en que se reza todos juntos el *Secreto del éxito*, precisamente el 6 de enero de 1919. Se trata de un verdadero Pacto con la Trinidad. El P. Alberione está convencido de que la misión paulina está anudada a cuanto el Señor obra en la Casa porque es Él el protagonista, el Narrador que conoce del sentido de nuestra historia, la de los comienzos y también la de hoy. El Primer Maestro involucra a los jóvenes en la estipulación de un pacto con Dios, pacto nacido de una fe genuina, como la que encontramos en el Evangelio: «*Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería*» (Lc 17,6). Si hay esta fe en la acción de Dios, es posible despojarse de una mentalidad según la cual “tanto se sabe cuanto se estudia”. He aquí lo anotado por Timoteo en su *Diario*: «*Es necesario, pues, a quien viene del seminario, despojarse de las ideas del seminario: o sea, eso de ‘tanto se sabe cuanto se estudia’; y para quien viene de casa, despojarse de las ideas que allí se tienen*» (7 de enero de 1919). Estamos ante otra transformación cualitativa: “despojarse” de la idea de que todo depende de mí y asumir la convicción de que solo el Señor multiplica nuestro camino de santidad, nuestra vida apostólica, la fecundidad del estudio, la comunión entre nosotros...

Nos hemos embebido en tres páginas de nuestra historia. Y bien, nos recuerda aún el papa Francisco, «*sumergiéndonos en las historias, podemos encontrar motivaciones heroicas para enfrentar los retos de la vida*». ²⁰ “Motivaciones heroicas” no porque seamos héroes sino porque son motivaciones que nos ayudan a vivir el bautismo y la vida consagrada de modo “heroico”, cualidad que la Iglesia atribuye a quien es proclamado o proclamada “venerable” y está por tanto en camino hacia la canonización. Estas y otras historias de la vida paulina sostienen la llamada de cada cual a la santidad, posible sólo «*dejándonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios*».

4. Para alimentar el cambio

El breve camino aquí propuesto es solo un punto para reemprender la marcha, y necesita ser alimentado constantemente en el día a día. A la luz de quanto hemos considerado, ofrecemos

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ibidem*.

tres promemoria, tres últimos “lugares” para no olvidar que nuestro ser “editores” paulinos es un contexto existencial, un ambiente vivencial, pertenece a la vida misma de Dios, a nuestra vocación de apóstoles paulinos, por la que toda acción habla de lo generado por el Espíritu en nosotros y nosotros en Él, como María, madre del Hijo de Dios y Reina de los Apóstoles.

4.1 Nutrirse del Evangelio

En esta Carta hemos procurado resaltar cuán prioritario sea el dejarse transformar por la Palabra de Dios. El contexto social y comunicativo en que vivimos nos lo pide, el camino mismo de la Iglesia nos lo sugiere. Debemos, pues, cambiar mentalidad estando en la escuela de la Palabra, de Jesús Maestro. El P. Alberione, en un pasaje de mucha hondura que trata de la “mentalidad cristiana”, nos recuerda la importancia de ser *«personas que se nutren del Evangelio, aman la meditación, hacen abundante lectura espiritual... estos principios los recuerdan, los sienten en su espíritu y constituyen el alma de la propia alma, casi una segunda naturaleza superpuesta a la primera, pues la ha penetrado y casi absorbido. Almas que hablan el lenguaje de la fe en toda circunstancia... Hay personas talmente empapadas de un principio cristiano, que toda su mentalidad teórico-práctica está dominada por él»*.²¹ Es preciso, pues, “nutrirse” del Evangelio para asimilar la mentalidad evangélica brotando sobre todo de la vida y de las palabras de Jesús. La “segunda naturaleza” de la que habla aquí el Primer Maestro, presente en quien se acerca con amor a la Palabra, podría describirse con la imagen del “hombre nuevo” usada por el Apóstol en varios pasos de sus Cartas, por ejemplo en la escrita a los Efesios, cuando recuerda: *«renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas»* (Ef 4,23-24).

¿Cómo podremos dar vida a algo nuevo si vivimos siempre con la misma mentalidad? ¿Cómo afrontar los nuevos retos apostólicos si la expresión “siempre hemos hecho así” no muere nunca? La Palabra genera novedad porque está viva, embebida de Espíritu Santo, que es quien a contacto con nuestra historia hace nacer algo nuevo. ¿Permitimos obrar al Espíritu? ¿Tomamos a pecho nuestra vida espiritual, la animada por el Espíritu? ¿Nos nutrimos de significados profundos para reavivar nuestra vocación paulina? ¿Deseamos abandonar el “hombre viejo”, individualista, para abrazar el “hombre nuevo”, el que hace del don la mayor alegría y el modo de servir a los demás?

4.2 La vida y las relaciones

Hay un segundo aspecto que emerge de estas páginas y es el amor a la vida. Los tres episodios tomados del *Diario* del beato Giaccardo nos han recordado precisamente esto. La “Casa” de Alba estaba habitada por personas que vivían una comunión y una tensión apostólica única. Esta vida de los comienzos no hemos de imitarla por lo que hizo –¡todo ha cambiado en este tiempo!– pero sí conocerla para que fecunde nuestra vida, pues tiene una inigualable concentración de “sueño”, una idealidad que se traduce concretamente en el trabajo apostólico, el estudio, la piedad, la vida comunitaria. Las mismas dificultades se afrontan con fe y valentía. Cuando una comunidad es viva atrae, coinvolucra, interesa..., se hace propuesta vocacional. Atrae no porque sea perfecta sino porque es vivaz, y por eso se da un intercambio de amor entre las personas, hay perdón, ayuda recíproca, estima y se vislumbra una especial dosis de comunión.

²¹ Alberione S., *Alma y cuerpo para el Evangelio*, Ediciones San Pablo, Cinisello Balsamo (MI), p. 53.

¿Deseamos ser personas que promueven la vida, el bien, la estima, la ayuda recíproca, el perdón? ¿Cuidamos las relaciones con la Familia Paulina, con nuestros colaboradores, con la Iglesia local? Nuestro apostolado diario ¿expresa el deseo de cuidar la vida de las personas? La sinodalidad ¿es nuestro modo de pensar y de proyectar juntos la misión?

4.3 La escucha

La Palabra de Dios, en fin, nos permite dirigir continuamente nuestra mirada al Maestro para no olvidar a quien está en el origen de la vida transformada. Por eso la Escritura es pan diario y se la debe leer, meditar, vivenciar cada día. El ejercicio de escuchar la Palabra en la Eucarestía es el primer gesto que cada día cumplimos para hacer de nuestra vida un don. Es la puerta que introduce en el aposento de la comunión, o sea de la comunicación que crea la “cultura del encuentro”.²² Escuchar no consiste en quedar cerrados en nuestros pensamientos, sino en cambiar el epicentro de nosotros al otro, salir para acoger al Otro. Si nuestras celebraciones eucarísticas son rutinarias y repetitivas fácilmente lo seremos también nosotros y lo serán nuestras realidades apostólicas, incapaces de escuchar el grito de ayuda de la gente. Entramos en el misterio pascual de Cristo si nos ejercitamos en la escucha, porque eso fue lo que realizó el Padre cuando escuchó el grito de su pueblo y envió al Hijo que renovó la vida con su muerte.

¿Radica en nosotros la voluntad de escucharnos y escuchar a la humanidad de hoy? ¿Valoramos algunos momentos de silencio en nuestra jornada? ¿Dedicamos tiempo a que la Palabra nos interpele y constituya nuestro diálogo con Jesús Maestro? La creatividad apostólica ¿nace de la escucha de la Palabra?

Dejándonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios, experimentaremos procesos nuevos en todos los niveles. Valorizaremos cada vez más el diálogo fraterno, la participación, la información así como también los lugares de escucha y de diálogo ya existentes en nuestras comunidades y ámbitos apostólicos: los encuentros comunitarios, los Consejos de apostolado y de formación, todas las múltiples oportunidades de pensar y decidir sinodalmente. Tal proceso lleva a cada uno a sentirse mayormente coimplicado en la vida de la comunidad y en la misión. Escuchar no es perder tiempo sino la premisa para crear comunión. Una mentalidad sinodal, pues, empuja a la escucha de nuestros colaboradores haciéndoles sentirse parte de un proyecto de evangelización. Lo mismo vale para la Familia Paulina y la Iglesia local. De modo particular, escuchar a la Iglesia es necesario para dar forma a nuestro apostolado cotidiano y responder a los diversos desafíos. Escuchar con corazón atento es el primer paso para amar esta nuestra humanidad y hacer “la caridad de la verdad”.

Es preciso subrayar otro aspecto como fruto, también, de esta transformación obrada por la Palabra, que nos involucra asimismo en nuestro modo de vivir. Me refiero al tema de la “sostenibilidad” en todos los niveles. También ella es fruto de la escucha, de un discernimiento nunca dado por finalizado. Podemos preguntarnos: ¿qué es lo que nos ayuda a vivir hoy nuestra misión? ¿De qué tenemos realmente necesidad para ser “editores” paulinos? ¿Qué debe ser tenido en cuenta y qué en cambio dejado caer para vivir nuestra misión? En ello captamos bien la importancia de una mentalidad renovada para decidir y vivir un apostolado acorde a los reales desafíos modernos dentro de la cultura de la comunicación. Se trata de invertir, con personas y proyectos, en las nuevas fronteras digitales –algo ya exis-

²² Papa Francisco, *Mensaje para la 51ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 enero 2020.

